que la abundancia del deleite y bien que allí sintieron, les hace decir a las almas por quien pasa; más para que en ellos se pueda acabar de entender lo que allí el alma gustó y sintió» (8).

«Consiste el tenerlas (estas noticias) en cierto toque que se hace del alma en la divinidad, y así el mismo Dios es el que allí es sentido y gustado. y aunque no manifiesta y claramente, como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra la sustancia del alma, que el demonio no puede entrometer ni hacer otro semejante; porque aquellas noticias saben a esencia divina y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tan alta» (9).

El Santo hace resaltar que Dios llena al alma de Sí mismo y la comunica maravillosamente sus atributos, junto con un gozo insuperable. Aquí enriquece al alma con singulares perfecciones, detalladas y concretas. «Pues como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean lámparas encendidas y resplandecientes, estando tan cerca del alma, como habemos dicho, no podrán dejar de tocarla con sus sombras, las cuales también han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen, y así estas sombras serán resplandores. De manera que, según esto, la sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura de Dios, y la sombra que hace la fortaleza será otra fortaleza al talle de la de Dios, y la sombra que la hace la sabiduría de Dios,

será otra sabiduría de Dios, al talle de la de Dios, y así las demás lámparas, o, por mejor decir, será la misma sabiduría y la misma hermosura y la misma fortaleza de Dios en sombra, porque el alma acá perfectamente no lo puede comprender. La cual sombra, por ser ella tan al talle y propiedad de Dios, que es el mismo Dios, en sombra conoce bien el alma la excelencia de Dios» (10).

No son sólo San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús quienes hablan de estos subidísimos regalos que el alma conoce y gusta de Dios; son todos los autores que tratan de la vida íntima espiritual y de sus claridades y hermosura. Así, Fray Luis de Granada, haciendo referencia a San Bernardo, dice con el primor y galanura de lenguaje que él sabe que «el ánima, que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia ya gozar de ella, en su manera, no sé si se tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno que ser desterrada y carecer de la dulzura de estos pechos divinos y quedar obligada a volver otra vez a buscar recreaciones sensuales en las cosas humanas» (11).

El Venerable P. Juan Eusebio Nieremberg no dudaba en decir que «bien se pudiera pensar una hermosura tal, que por sólo verse un instante se podían padecer eternamente los tormentos del infierno; pues esto se puede pensar y Dios es más de lo que se puede pensar» (12); a tan hermosa reflexión llega el entusiasmo de dicho escritor.

Pero las almas místicas que lo vivieron y gustaron no se expresan con vaguedad, sino que lo describen con toda precisión y detalle y lo cantan como el sentimiento más noble y real que han vivido y pueden aspirar a vivir.

No sólo la prosa de San Juan de la Cruz, sino su poesía, cantaba dulcísimamente, remontando el vuelo a la luz y conocimiento de Dios, esta gloria vivida por el alma y que sólo Dios puede dar. Una estrofa recordaba Menéndez y Pelayo con profunda admiración, y decía era aún más sublime que por su belleza literaria por su contenido teológico:

Y *es de tan alta excelencia*
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan comprender .

Y *si lo queréis oír* ,
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo
toda ciencia trascendiendo (13).

(1) *Salmos* 107, 5; 56, 11, y 35, 5.
(2) *Salmo* 16, 7.
(3) *Salmo* 30, 22.r
(4) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. V.
(5) *Síntesis biográfica de Santo Tomás de Aquino,* por el P. Santiago Ramírez, O. P., pár.
(6) San Pablo, II *A los Corintios,* II, 9.
(7) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del amor de Dios,* cap, IV.
(8) San Juan de la Cruz, *Subida,* lib. II, cap. XXVI.
(9) San Juan de la Cruz, *Subida,* lib. II, cap. XXVI.
(10) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* canción I.
(11) Fray Luis de Granada, *Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana,* cap. IV.
(12) P. I. E. Nieremberg, *De la hermosura de Dios,* lib. I, cap. VI. páx. II.
(13) San Juan de la Cruz, *Poesías: Coplas hechas sobre un éxtasis.*

CAPITULO XXIX

LAS NOTICIAS DE DIOS ENCIENDEN EN DESEOS DE VERLE

Dios comunica su luz a las almas humildes,. que se le entregan en *divino silencio de profunda soledad,* la cual se transforma en suavísimas claridades y en la más dulce compañía.

Dios se da a Sí mismo de un modo maravilloso al alma que lo ha dejado todo y se renunció a sí misma por poseer a Dios en más perfecto amor, y la hace participante de su vida infinita, comunicándola luz de soberana gloria.

El Señor puede y quiere hacer un cielo del alma fiel, que todo lo ha dejado por su amor y sólo quiere seguirle a El; que abandonó el mundo y el trato de criaturas; que renunció hasta a tener deseo de las cosas y aun a la ciencia, para sólo conocerle a El y estar continuamente amando muy a solas al Amado.

La soledad es la íntima y dulce compañía y el continuo trato del Esposo con el alma enamorada que lo perdió todo, por El.

No se puede explicar lo que estas almas gozan de la intimidad a solas con Dios y lo que El tan soberana y paternalmente las enseña y comunica. Ni puede el entendimiento de quien no lo ha vivido formar-

se idea de la altísima sabiduría con que Dios las hermosea, ni la lengua lo sabe decir.

Los filósofos descreídos no están capacitados para comprender la existencia de esta verdad. Por mucha erudición que tengan y muy detallado análisis que hagan de las cosas y de las palabras; por elegante que sea la forma con que expresen esas ideas en exquisita dicción, siempre estarán a ras de tierra sin poderse remontar a la contemplación ni al estudio de la verdad suprema; vivirán fuera de la auténtica filosofía, sin llegar a ver la causa origen de todo cuanto existe. Desde los griegos para acá, siempre se llamaron filósofos los amantes de la sabiduría y la verdad, los que indagan la causa de los seres; y sofistas los que juegan con las palabras vacías de verdad.

Quien niega o no admite la verdad de Dios personal e infinito con perfecciones infinitas, no puede llegar a ver la causa primera y creadora de todos los seres y verdades que existen, ni es propiamente filósofo. Que no es filosofía la que enseña el error como verdad.

Esa seudo-filosofía no tendrá poder ni fuerza para pasar del *rocoso promontorio* duro, árido e inhabitable, desde el cual sólo será posible vislumbrar entre brumas algo de una más alta y misteriosa verdad, y después de vivir como ateos, lo más que llegan es a decir, con el alma helada y muerta al amor eterno, las palabras de triste nostalgia *Dios a la vista.* Pero ni conocen a Dios, ni quieren estudiarle, ni aman al

Padre de infinito amor y de luz eterna, iluminadora de todos los seres.

Si no admiten a Dios infinito y personal, ¿cómo han de amarle? ¿Cómo han de admirar ni entender sus perfecciones? ¿Cómo han de saborear lo más alto, bello y delicado que existe? ¿Cómo han de tener esperanza de gozar de la felicidad eterna? ¿Cómo es posible puedan entregarle su vida y su Corazón? Bien decía ya San Agustín de los *falsos filósofos:* «¡Ay de aquellos que te abandonan a Ti, que eres su guía, oh luz divina, y que se extravían en sus caminos; que aman tus huellas, en vez de amarte a Ti mismo, y que se olvidan de tus enseñanzas! ¡Oh dulcísima luz, sabiduría del alma pura! Tú no cesas en efecto de insinuarnos cuál es tu naturaleza y cuán grande cosa eres y que tus huellas Son la hermosura de las criaturas... Los que aman tus obras en vez de amarte a Ti Son semejantes a aquellos que, oyendo a un sabio de grande facundía, pierden el contenido principal de sus pensamientos, cuyos signos Son las palabras que oyen, por poner demasiada atención y avidez en lo suave de su voz y en la estructura cadenciosa de los períodos

»¡Ay de los que se retiran de tu luz y se adhieren dulcemente a su propia oscuridad! Como si te volvieran las espaldas, hacen asiento en las obras de la carne, como en su propia sombra, y, sin embargo, aun lo mismo que allí les causa placer, lo reciben del resplandor de tu luz. Pero las sombras, cuando se

aman, causan más debilidad en los ojos del alma y las hacen más incapaz de gozar de tu vista, por lo cual tanto más y más se hunde el hombre en las tinieblas cuanto con más gusto sigue todo aquello que más dulcemente acoge su debilidad, y de aquí que comience a no poder ver lo que es el Bien Sumo ya no poder considerar como un mal lo que engaña su imprudencia, o seduce su entendimiento, o le atormenta en su esclavitud, bien que todo lo padezca en justo castigo de su perversión» (I).

Dios se comunica a los humildes, tiene su complacencia en poner su luz inextinguible de verdad suprema en el alma de los sencillos, que le buscan llenos de amor, se le entregan confiadamente, le acompañan en silencio y le prestan toda su atención, dejando todo otro cuidado y todas las demás cosas por estar a solas con El.

Bienaventurada el alma a quien Dios por Si mismo enseña. Con toda verdad repite gozosa las palabras de David: *He comprendido yo más que todos mis maestras, porque tus mandamientos son mi meditación continua. Supe más que los ancianos, porque fui investigando tus preceptos* (2).

Nuestro Señor Jesucristo, complaciéndose en la sabiduría y experiencia de cielo que Dios pone en estas almas humildes -sabiduría que no pueden alcanzar ni la ciencia ni la erudición descreída ni aun la ciencia meramente curiosa-, daba gracias a Dios por tal misericordia diciendo: *Yo te glorifico, Padre*

mío, Señor de cielos y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas por haber sido de tu agrado que fuese así (3).

Bienaventuradas las almas a las cuales Dios enseña por Sí mismo, porque las comunica la ciencia que de ninguno otro pueden aprender; que enciende en amor e inflama el conocimiento sobrenatural. Según sea esta sabiduría recibida del Señor, sabrán de El y de los seres de la creación, en Dios.

Dice también San Agustín : «¡Infeliz, en verdad, del hombre que sabiendo todas (las ciencias humanas) te ignora a Ti, y feliz, en cambio, quien te conoce, aunque ignore aquéllas. En cuanto a aquel que te conoce a Ti ya aquéllas, no es más feliz por causa de éstas, sino únicamente es feliz por Ti, si, conociéndote, te glorifica como a tal y te da gracias y no se envanece en sus pensamientos» (4).

Bienaventuradas las almas que tienen fuerza de volluntad para aislarse del mundo y atender a las enseñanzas de Dios, en humilde silencio y continuada oración. Dios las llena de su sabiduría. «Estando una vez en oración -dice Santa Teresa de Jesús- se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad, cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy impreso en mi alma» (5).

«La gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello» (6). Con estas altas noticias de sabiduría divina sobre la majestad y perfecciones de Dios comunicadas por El mismo, se convierte el alma en un ciego de felicidad y deleite, y siente crecer impetuoso anhelo por llegar pronto a la total y gloriosa posesión de Dios. Pues si sólo vislumbrar esa luz da tanto gozo, ¿qué será entrar en su posesión? ¿Qué luz, ni qué belleza, ni qué alegría o contento pueden compararse a ello? ¿Quién podrá enseñarle verdades más altas, más hermosas que las que ha aprendido en el mismo Dios? ¿Quién podrá comunicarle nada más cierto, más íntimo ni más espiritual?

Dichosa y mil veces dichosa el alma a quien Dios por Sí mismo enseña. La fe la descubre mundos nuevos y altísimos de hermosura no conocida.

No es posible que haya en las cosas meramente naturales y terrenas alegría ni contento que ni de lejos puedan compararse con este gozo sobrenatural, que sólo Dios puede comunicar y que pone en lo íntimo y más delicado del alma, haciendo nacer una nueva vida, que no se conocerá en la tierra, pues es de cielo. Cuando el alma espera preparada con virtu-

des, humilde y constante en la oración, ofreciéndose en amor y diciendo con la Virgen sin mancilla: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (7), el Señor acude siempre con sus dones.

La teología y la filosofía discurren sobre los atributos divinos y con razones firmes demuestran que son lo sumo de la perfección y que sus efectos son maravillosos; pero no pasan de ser meras razones científicas que no tienen la virtud de calentar el corazón. Cuando Dios comunica sus noticias sobre estas mismas perfecciones, las almas que las han recibido se deshacen en admiración y alabanzas al Señor, no encontrando términos para expresar sus magnificencias y el gozo de que se han inundado ante la Luz divina y se encuentran decididas a dar *mil* vidas en los mayores tormentos porque Dios sea alabado de todos y por tener el gusto de confesarle con su vida por el martirio. Se ven en el mundo como solas con Dios, envueltas en su luz y en su amor. Sólo aspiran a llegar a su total visión en el cielo rotos los lazos del cuerpo.

Cuando las plumas van cubriendo a los pajarillos recién nacidos y sus alas se hacen resistentes para volar, empiezan a moverse y ensayar el vuelo aspirando a la anchura de la atmósfera y no se están quietos hasta conseguirlo; de semejante modo se mueve y suspira esta alma por volar a la vida de sobrenatural belleza, y no puede dejar de desearlo, encontrando nido opresor este mundo.

Bellamente lo dice Santa Teresa de Jesús: «La palomica o mariposilla... siempre gime y anda llorosa... Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amor mientras más se descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor» (8).

Y San Juan de la Cruz, que lo vivía y era poeta, dirigiéndose al Señor, le dice:

Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

«Pues eres la divina luz de mi entendimiento con que te puedo ya mirar;... la fortaleza de mi voluntad con que te puedo amar y gozar; eres la gloria y deleite y anchura de ella; ...acaba ya de consumar conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu visión beatífica. . .

»Pero son tales las asomadas de gloria y de amor, que en estos toques se traslucen quedar por entrar a la puerta del alma, no cabiendo por la angostura de la casa terrestre, que antes sería poco amor no pedir entrada en aquella perfección y cumplimiento de amor» (9).

El alma iluminada con la luz de Dios y habiendo gustado algo de la suavidad divina, no puede menos de desear, y desear ardientemente morir, que es ir a Dios y «muere porque no muere» o se siente «tan

deseosa de gozarle del todo... que vive con harto tormento, aunque sabroso» (10).

Porque toda la alegría que puede recibirse del mundo y de las criaturas no puede ser sino muy limitada, muy pobre, muy deficiente y pasajera; alegría pintada, no viva.

El goce que Dios comunica al alma que le trata es alegría del mismo Dios, puesta directamente por El; es obra del Paráclito para encender la llama de la divina caridad, placer de ángeles que supera toda aspiración y que ha sido puesta en el centro del alma, inundándola toda.

Nunca puede haber comparación proporcionada entre la criatura y el Criador; siempre permanece la diferencia infinita. Sin embargo, Dios levanta al alma hasta el abrazo de su amor.

Anda, pues, alma mía; esfuérzate por emprender el vuelo muy animosa, como las avecicas tiernas, para subir en alas de la humildad y del recogimiento hasta tu Dios. Pídele que venga por ti para llevarte y ponerte en su luz, pues para tanta dicha has sido criada y especialmente elegida. La fe te enseña ser tan alto tu fin. Que llegue, pues, el día en que se rompa el capullito en que estás encerrada y sujeta, y, transformada por la misericordia divina de gusano en bella mariposa, volarás hacia la luz de Dios.

¿Cuándo será esto, Dios mío ?

(1) San Agustín, *Del libre albedrío,* lib. II, capítulo XVI; traducción del P. Evaristo Seijas, agustino.
(2) *Salmos* 118, 99, 100.
(3) *San Mareo,* XI, 25.
(4) San Agustín: *Confesiones,* lib. V, cap. IV.
(5) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XL.
(6) Santa Teresa de Jesús. *Vida,* cap. XXXIX.
(7) *San Lucas,* I, 38.
(8) Santa Teresa de Jesús: *Moradas,* VI, cap. XI.
(9) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* can. I.
(10) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, *capítulo* VI.

CAPITULO XXX

LA HERMOSURA Y BONDAD DE DIOS ACRECIENTAN LOS DESEOS DE VERLE

Las alegrías de los sentidos son tan dispares de los goces del espíritu, que quien procura el placer de aquéllos no es posible pueda figurarse lo que es el contento espiritual y la alegría comunicada por Dios al alma. La tierra no da flores de cielo, ni en el ruido y agitación mundanas se perciben las armonías de los coros angélicos. Las flores del cielo se marchitan en la tierra y los acordes de los ángeles han de oírse en total silencio. Mas quien se recoge callado en lo íntimo de su espíritu, a solas con Dios, que habla allí, no ocupándose de su ruidosa, inquieta y presumida nada, «quien se niegue a sí mismo» (I), ése recibirá del Señor alegrías inefables, que saben a gloria eterna; experimentará que el abrazo divino es incomparablemente superior a cuanta felicidad se pueda soñar y trasciende toda ciencia. Y no es de extrañar sabiendo que es noticia comunicada por Dios en puro espíritu, que *sabe a esencia de Dios y a vida eterna.* ¿Cómo se ha de soñar que la tierra pueda comprender al cielo? La tierra no pasará de ser tierra y el cielo ha sido creado por Dios para ser dicha y felicidad.

El alma que, por la gracia y misericordia divina,

gusta algo de Dios, encuentra insípido y vacío todo lo del mundo; y cuando se ha entreabierto la ventana y con un rayo de luz celeste vio algo de las perfecciones divinas, no puede complacerse con menos que con el mismo Dios. Gime el alma encerrada en la cárcel del cuerpo con gemidos hondos, suspirando por la anchura y claridad del cielo.

Son los Santos los testigos experimentados y veraces, y los únicos que nos pueden notificar este hecho. De la Sagrada Escritura y de los Santos tomaremos las palabras para expresarlo. No brota flor tan perfumada y primorosa en nuestra tierra; es la mano de Dios quien da fragancia y color. Ya nos advierte la *Imitación de Cristo,* para que seamos agradecidos: «Hijo, cuando sientes en ti algún deseo de la bienaventuranza, y deseas salir de la cárcel del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanza, dilata tu corazón y recibe con todo amor esta santa inspiración» (2). El profeta David nos dejó un precioso Salmo, que diariamente repite el alma que vive el amor: *¿Qué hay para mí en el cielo ni en la tierra fuera de Ti, Dios mío?* (3).

Esta misma idea la expresaba San Juan de la Cruz en sus versos :

Que estando la voluntad
de divinidad tocada,
no puede quedar pagada
sino con divinidad (4).

Las almas que sienten en sí el calor del fuego divino, o que han recibido un atisbo de las bellezas eternales Con iluminación de la luz sobrenatural, tienen sed ardiente e insaciable de ver a Dios y no pueden menos de desahogar su pecho en suspiros pidiendo al Señor que les sacie su sed.

No es ficción de la poesía o lirismo de los que cantan la hermosura de la naturaleza o de los seres, sino la inspiración del profeta David (superior a todo poeta), quien cantó estas ansias y deseos del alma enamorada, y diariamente lo repiten cuantos se abrasan en la hoguera del Espíritu Santo: *Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas, así, oh Dios, clama por Ti el alma mía. Sedienta está mi alma del Dios vivo y fuerte. ¿Cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la cara de Dios?* (5).

No es Fray Luis de León, que dice a la solitaria cima con muy hondo sentimiento:

Recíbeme en tu cumbre
y do está más sereno
el aire me coloca (6).

Es el mismo David quien veía la cumbre de los collados eternos en el Verbo y decía a Dios: *Escóndeme en lo escondido de tu rostro,* que es el Verbo, *y a Ti dice el alma mía; buscaré la luz de tu rostro* (7).

No puede prescindir se de ese sentimiento, pues, como ya vimos, «todos los hombres coinciden en el deseo, que llevan en su misma naturaleza de conseguir el último fin, y todos anhelan por alcanzar su perfección, y la perfección total es el último fin» (8), «porque la bienaventuranza es la perfección total ya conseguida y que excluye todo defecto de quien la consiguió» (9), dice con la precisión y profundidad de siempre Santo Tomás, sin que ni un solo deseo quede insatisfecho. Más aún: en esta misma vida de la tierra saciará Dios los grandes deseos de divino amor.

Por eso las almas de trato íntimo con *Dios* desean con alegría la muerte. Le recuerdan constantemente que no olvide que las creó para tenerlas Consigo en el cielo y hacerlas participantes de su gloria, y le piden que tenga a bien, en su misericordia, no prolongarlas mucho su destierro, sino que las mire con amor y venga pronto a llevarlas a su compañía.

Santa Teresa de Jesús, como gran enamorada, vuelve a decírnoslo: «Queda el alma tan deseosa de gozarle del todo... que vive unas ansias grandísimas de morirse, y así, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él» (10). Y «el entendimiento está tan vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda Su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos» (II).

Desean volar ya libres de todo lazo a la atmósfera de luz, al foco de toda sabiduría, al manantial inexhausto del amor, al origen de toda vida ya la plenitud de todo bien. Desean que venga pronto la muerte para entrar en seguida en la vida feliz que es «juntura de todos los bienes» (12).

Lejos de parecerles triste la muerte, la ven vestida de esplendorosa belleza, y la esperan con más ilusión que los niños a los Magos de Oriente.

La muerte es salir de entre *ponzoñosas sabandijas,* que en la oscuridad continuamente sobresaltan y asustan, a la compañía dulcísima de los bienaventurados del cielo en la luz inextinguible. La muerte es dejar la pesadez, los dolores y la torpeza del cuerpo, para vestirse de la claridad, sutileza y radiante hermosura; es dejar este mundo de ambiciones e injusticias, de guerras y amenazas, de incertidumbres y duelos, para entrar en el reino de la paz, de la abundancia, del amor y vivir en la resplandeciente morada de la Sabiduría; quedar libre de la crueldad de hombres duros, para ser acogido en los regalados y suavísimos brazos del Padre Celestial.

«¡Oh muerte! -me decía el solitario sentado junto al ciprés de su ermita y mirando dulcemente al cielo. ¡Oh muerte amable!; en esta soledad miro por si llega hasta mí la luz que anuncia tu presencia para entonar el cántico de alabanza. Eres la mensajera que anuncia al Señor.»

La muerte es la trasformación de esta vida de tie-

rra en vida de luz; es recibir el dulcísimo abrazo en el pecho de Dios. ¿Quién no deseará despojarse de los harapos del cuerpo para vestirse de la claridad y hermosura celeste?

No resisto a la tentación de transcribir la bellísima muerte del justo, descrita por Fray Luis de Granada: «*El que desea ser desatado y verse con Cristo,* no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino que vive con paciencia y muere con alegría. Así que el justo no tiene por que entristecerse m temer la muerte, antes con mucha razón se dice de él que muere cantando como cisne, dando gloria a Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de sus trabajos; no muerte, sino camino para la vida y escalón para la inmortalidad, porque entiende que después que la muerte pasó por el minero de la vida, perdió los resabios que tenía de muerte y cobró dulzura de vida» (13). El amor es la capacidad de conocimiento de Dios, y, por tanto, de la gloria que será capaz de recibir, del mismo modo que el deseo es la capacidad del amor.

El alma iluminada y esclarecida por el amor agranda también la capacidad para conocer y recibir la luz de Dios, y recibe más conocimiento vivo y más sabiduría sustancial de lo infinito de las perfecciones divinas. Lo recibe ahora en la tierra por la esperanza cierta que la da la fe; y la verdad enseñada por la fe

es mucho más segura y más clara en su oscuridad que las verdades que enseña la ciencia humana y la misma teología. y recibe también la sabiduría por las noticias especiales y comunicaciones que dijimos ponía el mismo Dios en la esencia del alma, irradiando destellos de luz increada sobre el entendimiento de aquellos que le aman de todo corazón, le obedecen con fidelidad, le tratan en perseverante oración y viven en ejercicio de continuado amor.

Guiado el espíritu por la viva fe y con estas noticias especialísimas que Dios le ha infundido en total silencio de sus potencias, pero que le ha dejado lleno de una luz más clara que la que da la teología sobre Dios y sus innumerables y altísimos atributos, no puede ya soñar con nada mejor ni tener ideal más elevado que a Dios mismo con su hermosura y su gloria. Porque toda otra ciencia, todo otro trato y todo Otro ideal, es oscuridad, imperfección y pequeñez ante lo que ha visto y conoce en Dios.

San Pablo, recordando lo que se le había mostrado, decía: *En cotejo del sublime conocimiento de Jesucristo miro todas las cosas como basura por ganar a Cristo* (14).

Una vez más cito a Santa Teresa de Jesús, Maestra la más segura en estas ciencias experimentales de las obras de Dios en el alma, la cual corrobora lo que dijo San Pablo. Dice la Santa (que como buena mujer no olvida flores y perfumes): «Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campo, flores, olo-

res, músicas, etc., paréceme no lo quería ver ni oír: tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver, y así se me quita la gana de verlo...; esto me parece basura» (15).

¿Cómo ha de haber ni atrevimiento siquiera para comparar lo terrenal con las perfecciones de Dios? ¿Cómo los que gustaron algo de la dulzura divina no .han de hallar amarga la tierra?

Dios, Dios, Dios infinito y glorificador es el ideal del alma enamorada y su ardoroso y único deseo. Bien dice la *Imitación:* «Por eso es poco e insuficiente cualquier cosa que me das, o prometes, o me descubres de Ti mismo, no viéndote ni poseyéndote cumplidamente... Miserable soy como encarcelado y preso con grillos hasta que Tú me recrees con la luz de tu presencia» (16).

El anhelo y el ansía es que llegue ya la clara visión de lo infinito enseñado por la fe o por las ilustracíones especíales del Señor. Resaltando el ansía de poseer ya esta hermosura escríbía San Basílío :

«¿Qué hay, me pregunto, más admírable que la dívína hermosura? ¿Ní qué ídea puede concebírse más agradable que la majestad de Díos? ¿Quíén podrá ímagínarse un deseo semejante al que se produce dívínamente en las almas límpías de todo defecto? ¿Ní dónde se dará un deseo tan vehemente y tan acucíante? .

»Cíertamente del alma así afectada se puede decír con toda propíedad : *Yo desfallezco de amor y me*

encuentro herida de amor. Los resplandores que manan y saltan de aquella bríllantísíma fuente de la dívína belleza exceden completamente toda explícacíón y no pueden descríbírse, no hay palabra que dígnamente los exprese ní oído que pueda comprenderlo. Porque aun cuando lo expresaras con más esplendor que tíene el muy bríllante lucero de la mañana, con más blancura que la luz de la Luna o que la deslumbrante del mismo Sol, comparado con el brillo de la divina hermosura todo sería como pura oscuridad y su valor es como nada si queremos acercarlo a la grandeza de esta divina hermosura. La diferencia que hay de ellos a la luz verdadera de Dios excede inmensamente a la que hay entre las negras tinieblas de la profunda noche y la clarísima luz del mediodía, ni se pueden parangonar.

»No es posible que alguno vea con los ojos del cuerpo la majestad de esta altísima hermosura. Cuando alguna vez llega a verse., sólo puede alcanzarse con el espíritu y con el pensamiento.

»Y si, por gracia especialísima de Dios, envuelve esta hermosura divina a algún alma por algún tiempo, imprime en ella un ardiente y como insufrible deseo, que la hace expresar con vehemencia el tedio que la produce vivir aún esta vida de tierra, y suelen exclamar: *¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!* y *¿cuándo vendré y me presentaré ante el rostro del Señor?* Y *deseo ser desatado y estar gozosamente con Cristo.* Y *mi alma tuvo sed de Dios vivo.*

«Esas almas santas aborrecían terriblemente esta vida, como se aborrece una cárcel abominable, en tanto grado que se las hacía difícil conformarse a vivir aquí cuando ya tenían su pensamiento lleno de la hermosura del amor de Dios. y ardiendo en un insaciable deseo de ver la belleza divina, la pedían y que se les concediese, ya que su entendimiento fortalecido con la luz de la gloria pudiese ver la feliz y eterna vida de Dios en sí misma y les sacase del camino de esta vida» (17).

Mientras llega esa hora, vive el alma en vigilante silencio. La Virgen vivió en altísima soledad y es la guía preciosa y fecunda de las almas interiores. Dios era para ella todo, y ella toda para su Dios. Altísima soledad, sublime, llena con la fe.

(I) *San Maleo,* XVI, 24.
(2) La *Imitación de Cristo,* Iib. III, cap. XLIX.
(3) *Salmo* 72, 25.
(4) San Juan de la Cruz: *Poesías. Glosa a lo Divino.*
(5) *Salmo* 41.
(6) Fray Luis de León: *Poesias: El Apartamiento.*
(7) *Salmos* 30, 21, y 26, 8.
(8) Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica,* I.II... Q. I, a. VIl.
(9) Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica,* I.II... Q. V, a. 4, ad. 1.
(10) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. VI.
(11) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. XI.
(12) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* canción III, de Boecio
(13) Fray Luis de Granada, *Gula de pecadores,* lib. I, part. II, cap. XXIV, pár. I.
(14) San Pablo, *A los Filipenses,* III, 8.
(15) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* I. *Vida,* cap. XIX.
(16) La *Imitación de Cristo,* lib. III, cap. XXI.
(17) San Basilio; Ex lib. Regl. fusius disp. in Resp. ad ipterrog. 2.

CAPITULO XXXI

ALEGRE ANSIA DEL ALMA POR IR A VER A DIOS

Las almas no pueden encontrar su descanso hasta haber entrado en la posesión de Dios en el cielo, como no puede estar una enorme piedra suspendida en la atmósfera sin sentir la atracción hacia la tierra.

Si el alma naturalmente no puede tener la paz total sin llegar a la posesión de Dios en el cielo, el alma de vida espiritual siente una atracción irresistible hacia su centro, que es Dios. Ni puede querer otra cosa y esto lo estima como gracia especialísima y, en verdad, es superior a otras gracias y principio de todas.

Yo sé, y tengo certeza por la fe, que mientras estoy en la tierra vivo en el Señor; que Dios está en mí, infinito, perfecto, personal; que está en lo íntimo mío y en la esencia de mi alma, simplismo e inmenso, y que está por esencia, presencia y potencia dándome el ser y cuanto tengo; que yo no conozco la esencia de mi alma ni de mi ser, pero Dios me la ha creado y está en ella conociéndome y continuamente mirándome; que estoy envuelto y sumergido en la inmensidad y en la omnipotencia y luz de Dios; que si estoy en gracia, Dios me ama con especialísimo

amor, como yo no sé ni puedo amarle a El, aunque le ofreciera mil vidas si las tuviera; pero la impotencia de mi cuerpo no me deja ver a Dios, ni vislumbrar la hermosura del cielo, y me detiene en las tinieblas de este destierro; por esto os suplico, Dios mío, por el amor que me tenéis, descorráis este velo del cuerpo en que vivo, me iluminéis con la luz de la gloria y os manifestéis a mi alma; vea yo, Señor, aunque indigno, vea yo ya la luz de vuestra esencia. Ciérrense mis ojos para que os vea mi alma.

Deseen otros no salir de este mundo. Mi alma dice con la *Imitación de Cristo:* «¿y cómo se puede amar una vida llena de tantas amarguras, sujeta a tantas calamidades y miserias? ¿Y cómo se puede llamar vida la que engendra tantas calamidades y pestes? Con todo esto se ama y muchos la quieren para deleitarse en ella» (I). Mi alma os suplica vivamente, Señor, que abráis ya, con una santa muerte, la puerta por donde ha de venirme vuestra luz y por la que he de entrar a la visión de vuestra gloria, y viéndoos a Vos, tomaré posesión de los tesoros infinitos vuestros, que .son vuestras perfecciones y misericordias. Diciendo misa el Carmelita sevillano Padre Juan de Jesús María, miraba fervorosamente y lleno de fe la Sagrada Forma durante el *memento de difuntos,* y oye que Jesús le dice, escondido en el Sacramento que tiene ante sus ojos: *¿Quieres que corra los velos?*, y el Padre contestó con humildad y agradecimiento, lleno de ansias de verle y poseerle total-

mente en la gloria: «No, Señor, si no es para siempre» (2).

Es propio del alma enamorada desear, como San Pablo, verse libre del cuerpo y estar para siempre en la celestial Jerusalén.

Sabía bien este religioso, y así lo había experimentado y escrito, que «no hay cosa de mayor deleite que estarse a solas en un rinconcito con Dios. Pero en esto, añadía, no hago nada; porque Sobrepujan los deleites y gustos que allí siento a cuantos el mundo y la carne y todas las criaturas de la tierra pueden dar». Sólo podía saciar su deseo y sus anhelos viendo a Dios en la gloria yeso suplicó humildemente.

Quien vive en gracia de Dios, está envuelto en la segura y riente luz de la fe y de la esperanza, vive lleno de grandes deseos del mismo Dios y confía que irá a la felicidad eterna y quizás muy pronto. La confianza será tan firme como sea fuerte su amor.

El espiritual encuentra su solaz en considerarse bajo la mirada de Dios, pero amorosa y continuamente atento a Dios y disfrutando de su compañía. Como el cazador espera sin moverse la salida de la codiciada pieza, así espera él la hora en que el Señor llegue para llevarle consigo a la clara visión, recordándole, mientras espera, que le ha prometido venir pronto a buscarle, saltando su corazón de gozo cuando percibe algunos indicios de la llegada.

Ni parece se pueda uno figurar la emoción tan henchida de gozo y el dulce sobresalto, al sentir- el

rumor de los pasos del Amado: *He aquí que llega el Esposo,* y con voz suavísima dice: *Mira que vengo en seguida.* Fuera de sí el alma por el gozo, contesta humildísima : *Venid, Señor, que estoy esperando* (3). No cabe ya más alegría en mí que oír vuestra voz; hasta que lleguéis, estoy haciendo mi obra, que es la vuestra : estoy amándoos.

Y como la obra de Dios es amar, hace su obra en el alma amándola en la oración. En un *divino silencio* de palabras, está Dios maravillosamente escondido en el centro del alma, enseñándola en oscuridad de fe y vistiéndola de claridad de gloria, haciendo de ella un verdadero cielo; mientras el alma, también en silencio, recibe tantas maravillas y riquezas, mira a su Dios y le ofrece su vida.

De este modo lo vivía la Hermana Teresa de San Juan de la Cruz días antes de llegar su partida, en el convento de Carmelitas Descalzas de Sevilla. Al sentir una especial fragancia dijo: «Estos son los olores de mi Esposo, que viene a llevarme. ¡Qué Pascuas tan felices voy a tener!» y al notificarle que era su última hora, exclamó: «Pero ¿es posible, Dios mío? ¿Es verdad que me voy a morir? ¿De dónde este favor? ¡Qué beneficio tan grande! » (4).

No es raro este caso de muerte tan jubilosa. ¿Quién no se llena de apacible consuelo cuando Santa Teresa del Niño Jesús le recordaba al Señor con palabras de la Sagrada Escritura que viniera pronto a robarla? y la Sierva de Dios Isabel de la

Trinidad, al oír las campanas tocando a gloria, sentía se la dilataba el corazón y creía morir de alegría oyendo su llamada.

Recordemos las palabras de Santa Teresa de Jesús, porque son palabras que han hecho suyas muchas almas: «¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad!, ¡qué sin remedio! ¿Cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, Bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos?.. Alma tan encarcelada desea su libertad... Quered, gloria mía, que crezca su pena o remediad la del todo. ¡Muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues está en ti la vida! ¿Mas quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios?» (5).

y San Juan de la Cruz, remontándose hasta la esfera de la luz divina en vuelo de fe, decía en explosión de incontenible amor: «Señor, Dios mío y única esperanza mía:

Acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.»

«Sintiéndose. . . el alma a la sazón. . . tan al canto de salir a poseer acabada y perfectamente su reino, en las abundancias de que se ve estar enriquecida. . . y como no falta nada más que romper esta flaca tela

de vida natural, en que se siente enredada, presa e impedida su libertad, con deseo de verse desatada y verse con Cristo, haciéndole lástima que una vida tan baja y flaca la impida otra tan alta y fuerte, pide que se rompa diciendo: «Rompe ya la tela de este dulce encuentro» (6).

Se dirá que ésta es la muerte de los Santos, y es verdad. Sirven de modelo, porque aspiraron a Dios con todo su corazón y le amaron con fidelidad muy delicada.

La muerte de los pecadores y de los tibios no se describe aquí, porque ellos ni quieren vivir amando a Dios ni, por esto mismo, piensan en la muerte ni entienden que pueda ser hermosa y vestida de luz. Es verdad clarísima que quien desecha a Dios y se abraza con su amor propio y el pecado, no quiere nada con el Señor ni desea su venida. Pero tú. y yo, sí, ciertamente deseamos que nos lleve el Señor a su gloria, y nos complacemos en pensar cuán amables serán los momentos de la muerte y cuán llenos de hermosura, pues viene el Esposo a llevarnos con El, y nos gusta recordar cómo las almas santas, con su recogimiento y esfuerzo, llegaron al abrazo del amor, y llamaban a la muerte para que las llevase a vivir con Dios transformadas y gloriosas.

San Francisco de Asís pasaba noches enteras repitiendo el *Dios mío y todas las cosas.* Todo lo veía en el Criador y abrazaba la belleza de todas las criaturas en el abrazo de Dios.

San Francisco de Paula se quedará largos ratos suspendido y atento a Dios, repitiendo y gustando la palabra *amor*, *divina caridad,* mientras sus ojos están fijos en el cielo, que le atrae y hace gozar de la otra luz.

Santa Catalina de Sena no se cansaba de repetir su palabra favorita de *Verdad, Eterna Verdad,* y en ella lo verá y lo encontrará todo.

Será su mensajera y llorará porque aún no entra a poseerla en su misma fuente.

Y remontando su corazón sobre los hombres y sobre la naturaleza, gustará Santa María Magdalena de Pazzis de pronunciar una y otra vez: *¡Oh Verbo! ¡Oh Sabiduría Eterna! ¡Oh Amor!,* y con asombro y pena decía: *No es amado el Amor,* para entregarse ella por todos los hombres a amar y ofrecerse a su Dios. Y San Andrés Apóstol entonará el himno triunfal y vibrante a la vista de la cruz en que va a ser suspendido y entregar su vida a Dios, porque de los brazos de la cruz saltará victorioso y glorificado a gozar eternamente del Señor a quien amaba y por quien daba su vida.

Y San Juan de la Cruz se dirigirá suplicante al Verbo, preguntándole: *¿A dónde te escondiste, Amado?,* para contestarse y consolarse a sí mismo, diciendo: «Pues estás escondido en el seno del Padre, que es la esencia divina, muéstrame esa esencia; y como no puede ser viviendo en la tierra, llévame contigo al cielo.»

Es ésta el ansia en todos los enamorados del divino amor.

No es de extrañar que encontremos con relativa frecuencia maravillas en la muerte de los Santos, y que aún externamente cuantos les acompañan vean una suavidad y una luz de cielo que sobrenaturaliza el ambiente y que se trasparenta en el rostro ya casi sin vida, pero sereno. Esta apacible alegría llena de paz sobrecoge a todos los que rodean al moribundo y es la aurora dichosa del Sol divino, que empieza a proyectar la vida eterna y las armonías que no conoce el mundo, pero que día y noche había presentido el que muere mirando a Dios en el centro del alma. Las oyó Santa Catalina de Sena, cuando llegó a las puertas del cielo, como las oyeron aún externamente todos los que presenciaron la muerte de Santa Isabel de Hungría.

(I) La *Imitación de Cristo,* lib. 11,cap. XX..
(2) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D., tomo I, día 10 de abril.
(3) *Apocalipsis,* 22, 20.
(4) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, día 29 de diciembre
(5) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones VI.*
(6) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva.* c. I.

CAPITULO XXXII

SANTA TERESA Y LOS SANTOS NOS ENSEÑARON A DESEAR LA MUERTE

Al cerrar los ojos del cuerpo en la tierra y abrir los del alma, empezamos a recibir luz de la gloria.

«En tu luz, oh Dios mío, veremos la luz» (I).

Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras ; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visón clara a la manera que soy conocido (2).

El alma vive donde ama, y si tiene puesto todo su amor en Dios, la muerte hará que el alma vaya a gozar del Amado sin limitaciones y para siempre.

Sueña, alma mía, sueña en la hora del encuentro con el Esposo de soberanas perfecciones. Sueñen otros con quimeras de riquezas, de ciencia, de hermosura; tú, alma mía, sueña con aquel momento felicísimo de la muerte, cuando los ojos divinos se fijen en ti y tú, levantada a la luz de la gloria, veas la infinita belleza de Dios y seas sumergida en un océano de sabiduría y felicidad. Gózate en aquel momento y sube muy alta en alas de la humildad y de la fe hasta tu Dios; pide a tu Criador que te meta ya en su luz y te dé a beber de la fuente de aguas vivas. Pero

has de tener en la tierra vida de amor para que estés limpia en aquel momento; practica ahora las virtudes, para que llegues purificada a entrar sin espera a los brazos del Señor, porque sólo *los limpios de corazón verán a Dios.*

Si las almas fieles a las llamadas del amor vivían tan iluminadas por la fe y con el corazón fuera de las cosas y aficiones del mundo, ¿no habían de desear la muerte? ¿Qué hacían ya en la tierra, sino esperar y acabar de reunir nuevos tesoros de virtudes y amor para ir al Amor ? ¿ Qué se les daba ya de lo criado, sino de que todos amasen a su Dios y de vivir totalmente para El? Mientras les llegaba su hora, que es la de. su muerte, vivían llenas de divina impaciencia. Se deshacían en gozo pensando en la hora de entrar, aunque indignas, en la Patria prometida.

Cuando una noche Santa Teresa del Niño Jesús sintió en su tierna juventud un vómito de sangre, nos dice con candor : «Creí que me iba a morir y mi corazón se partió de alegría» (3). Ya líneas antes había escrito: «Gozaba entonces de una fe tan viva, que el pensamiento del cielo hacía toda mi dicha y me transportaba de alegría la esperanza de ir al cielo.»

En la misma *Historia de un alma* hay una escena preciosísima de la Santa, ya casi moribunda. El padre Capellán me ha dicho: «¿Está resignada a morir?», y yo le he contestado: «¡Ah, Padre mío!, creo que sólo se necesita resignación para vivir... Para morir lo que experimento es alegría» (4).

¿Cómo podría ni aun ocurrírseles a los «amantes del Señor querer prolongar unos días más el destierro en este mundo ante la eternidad gloriosa del cielo? San Estanislao, Obispo de Cracovia, hizo en su vida un milagro delante de todo el pueblo, para defenderse de una acusación hecha por el mismo rey contra él. Necesitaba poner por testigo a un hombre muerto hacía ya tres años, llamado Pedro. Recogido en oración y súplica al Señor durante unos días, se fue a la sepultura del difunto, le mandó salir y le llevó para que declarase ante el rey.

Habiendo el resucitado hecho su declaración a favor del Obispo, con estupefacción del pueblo y del soberano, preguntó el Santo a Pedro si quería continuar viviendo algunos años, que se lo alcanzaría del Señor; mas Pedro le respondió que no; que estaba ya terminando sus penas del Purgatorio y prefería aquella seguridad a la vida (5).

¡Cómo se consuela y alienta mi espíritu leyendo las vidas de los Santos!

¡Cuán dulce y delicadamente cantaban su himno de agradecimiento a Dios cuando sabían ya cierto que los llevaría enseguida consigo! Los ejemplos se agolpan en la hagiografía cristiana. Pregunta el Señor a San Eustasio si prefería vivir treinta días lleno de dolor sin alivio ninguno, o cuarenta sin dolor alguno, y respondió humilde el Santo que escoge vivir sólo treinta días lleno de dolores (6).

San Esperanza ha pasado cuarenta años ciego,

llevándolo con la mayor paciencia y recobrando la vista muy poco antes de su muerte; manda reunir a los monjes y canta el himno de gracias a Dios con el mayor fervor, porque le llega la hora de gozar del cielo.

Doña Sancha de Carrillo, rica y hermosa dama, ha pasado su juventud muy retirada y en penitencia extraordinaria. Un día, siendo joven aún, la comunica el Señor que de allí a un año exacto moriría, y la santa joven, preguntada por su hermano sacerdote por qué se lamentaba y estaba triste, le contesta que no podía llevar se tardara tanto en venir la hora de su muerte; antes, pensaba que de un día a otro moriría, pero ahora, al saber que faltaba todo un año, le pareció demasiado largo el tiempo por las ansias vehementes que tenía de ir al cielo y daba amorosas quejas al Señor por su prolongado destierro (7).

La sierva de Dios Isabel de la Trinidad, apenas salida de la niñez, hizo una peregrinación a la Virgen del Estanque por haber oído que concedía la primera gracia que se la pidiera. y la suplicó morir joven.

Pocos días antes de su muerte estaba con su Priora y oye tocar las campanas de la ciudad anunciando la fiesta de Todos los Santos. Este toque de gloria la impresionó hondamente, considerándolo como su partida para el cielo, y dice conmovida a la Superiora: «Oh Madre mía, esas campanas me dilatan el espíritu; tocan para mi partida. Van a hacerme morir de alegría. Vámonos.»

A los pocos días, con la última sonrisa y entreabriendo los ojos como quien mira un objeto precioso, pudo aún pronunciar con su último aliento: «Voy a la luz, al amor, a la vida» (8).

«¿De dónde a mí este favor de morir?», se pregunta el alma que va a Dios como se preguntaba la Hermana María Teresa de San Juan de la Cruz.

Como la vida de los santos era pura y apta para recibir las gracias del Señor, la fe obraba maravillosamente en ellos y vivían llenos de divina ilusión mientras se les acercaba esa hora tan deseada.

Siempre pensaban en la luminosa hora de despegar hacia el cielo y en la llegada a Dios; en entrar en la luz infinita. Santa Teresa lo gustaba en sus recuerdos y lo vivía gozosa. « Sólo mirar al cielo recoge el alma. . ., y acaéceme algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven, y parécenme aquéllos verdaderamente vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía.

»Todo me parece sueño lo que veo, y que es burla, con los ojos del cuerpo; lo que he visto con los del alma es lo que deseo, y como se ve lejos, este es el morir» (9).

Para no alargar estas páginas, quiero reunir los deseos de todos los Santos en los deseos y enseñanzas celestiales de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz. Ellos sabrán ilustrar nuestro entendimiento y poner dulcísimas mieles en nuestro pala-

dar para que codiciemos, como ellos, tanta hermosura y tanto bien. .

Los dos Santos Carmelitas hablan con tanto entusiasmo y vehemencia de sus ansias de morir, de irse a Dios, y nos presentan la muerte tan llena de luz y de encanto, como mensajera de bien tan perfecto y de riqueza tan colmada, que el ánimo se deja contagiar muy gustoso, e insensiblemente tiende los brazos a tan espiritual belleza y desea también entrar en los inmensurables goces de Dios, ofreciéndose confiadamente a la bondad divina.

¿Cuándo, Dios mío, me vestiréis de vuestra luz y me introduciréis en vuestro reino de amor y me sumergiréis en vuestra infinita hermosura ? i Cuán delicioso, santo y meritorio es desear y pedir tal muerte y ofrecerse al Amor divino !

¡Cuán bueno eres Padre mío, para los que te aman y ponen su vida en tus manos! ¡Cómo levantas a inmensa gloria las almas que voluntaria y amorosamente se te entregan!

Santa Teresa deseaba su muerte y la pedía al Señor. Muchísimos son los textos de sus obras que lo expresan. Sólo pondré unos pocos. Parece en ella este deseo como una santa obsesión: «¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia para acabarte! ¡Súfrote, porque te sufre Dios...Con todo esto, ¡ay de mí, Señor, que mi destierro es largo!.. ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad! » (10).

Su pensamiento y su deseo es ver a Dios y entonces se olvida de todos los peligros del infierno o del purgatorio ; como ama, sólo piensa en el Señor : «Toda la ansia, escribe, es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno. Todo se me olvida con aquel ansia de ver a Dios» (II).

Pide al Señor la dé algún remedio para sobrellevar el verse apartada en este destierro de El y de los Bienaventurados, con quienes ya en cierta manera convive, y «ningún remedio ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo a su Bien" (12). y en otra parte dice: « Yo estaba pensando cuán recio era el vivir que nos privaba de no estar así siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí : Señor, dad me algún medio para que yo pueda llevar esta vida» (13). «El remedio es la muerte, y ésta no puedo tomarla.» Sólo piensa «irse luego a la muerte» y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé (14), «ya que mis deseos son morir por E1» (15).

Lleva tan grabada esta idea en el alma, que no puede verse libre de ella, ni dejar de desear sobre todas las cosas a Dios y la felicidad eterna. De un horno encendido sólo pueden salir bocanadas de calor y llamaradas de fuego. Las plantas crecen y se desarrollan hacia arriba en busca de la luz y tienden a su floración perfecta; la piedra no puede estar sin gravitar hacia el centro de la tierra y el corazón del que ama a Dios tiende hacia El y no puede estar sin desearle.

Y lo procura no como algo triste y el vacío; no es eso el Señor, sino como la cumbre y suma de toda alegría y plenitud de todo bien, como el alborear de la luz y de todo gozo y felicidad, como la atmósfera del amor soñado y ya a punto de conseguir, y por eso gusta de la muerte como de dulcísimo regalo. No sólo no ve en ella horror, sino dulzura inmensa, y su recuerdo hace saborear el principio de todo bien, pues por ella empieza, De aquí que la broten estas palabras: *No sabe de dónde pudo merecer tanto bien, vese con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer, y de morir por El mil muertes* (16). «Queda el alma tan deseosa de gozar del todo al (Señor)... *que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse, y así, con lágrimas muy ordinarias pide a Dios la saque de este destierro»* (17).

Y, por fin, en los *Conceptos del Amor de Dios* escribe: «No tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural. ¡Muérase en ese paraíso de deleites! ¡Bienaventurada tal muerte que así hace vivir! » (18).

Morir, deseos inextinguibles de morir, de gustar la muerte, es la obsesión del alma enamorada de Dios. ¿Cuál no será la belleza encerrada en la muerte? ¿Qué hermosura no verá esa alma al entregarse u ofrecerse a Dios? Todo lo demás lo olvida, como se olvida una lamparilla cuando luce el sol espléndido. Lo dice Santa Teresa de Jesús, lo confirman las

muertes de los Santos. Ni piensa entonces que puede condenarse, aunque estuviese persuadida que ha merecido el infierno. Una contrición íntima y un dolor de corazón vivificados por el amor y por la confianza en Dios y en la pasión de Jesucristo, la enseñan a ponerse en las manos divinas y a mirar a Dios como Padre amorosísimo y misericordioso, como se había sentido antes hija fidelísima. Le ama con todo el corazón y con todas las fuerzas y le ve como a Padre de infinito amor. Ni el Señor quiere ser mirado de otro modo.

Mira con seguridad -con la certeza que da el amor y la humildad- el camino luminoso del cielo. Muere ofrecida al amor de Dios y va confiada en poseerle plenamente. Llama con ternura *Padre* al Señor y va a cantar las misericordias y bondades suyas para siempre en su compañía, con los ángeles y los bienaventurados. ¡Hermoso y meritorio es desear ir al cielo!

Bien nos lo expresaba Raimundo Lulio cuando decía del Amigo: «Pensaba el Amigo en la muerte y temió mucho hasta que se acordó de la noble ciudad de su Amado, de la cual son puerta y entrada la muerte y el amor» (19).

Mientras llega ese ansiado momento, se goza el alma pensando en Dios y en el instante en que la ha de tomar en sus brazos; alaba a Dios repitiendo las palabras de la Iglesia: *Porque sólo he amado al Autor de la vida y El me ha mostrado tesoros incom-*

parables, y hermoseó mis mejillas con su propia sangre y ha unido su cuerpo a mi cuerpo (20).

Porque Dios, en amor inapreciable, la había mostrado algo de sus infinitas perfecciones, decía: «Estos grandes deseos de ver a Nuestro Señor aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar a ellos» (21).

Así pedía :

Venga ya la dulce muerte,
el morir venga muy ligero,
que muero porque no muero (22).

Y nos expone que, como el mayor sacrificio que podía hacer, ofreció al Señor continuar viviendo en la tierra desterrada del cielo (23).

(I) *Salmo,* 110.
(2) San Pablo. I *A los Corintios,* XIII. 12.
(3) Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma,* cap. IX.
(4) Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma,* cap. XII.
(5) *Lecciones del Breviario,* mayo.
(6) *Año Cristiano,* 29 de marzo, y *Leyendas de Oro.*
(7) *Vida y maravillosas virtudes de Doña Sancha de Carrillo,* por el P. Martín Roa, de la Compañía de Jesús, lib. II, cap. IX

(8) M. M. Philippon, O. P., *La Doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad,* cap. I, pár. III. *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D;, tomo III, día 9 de noviembre.
(9) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXVIII.
(10) Santa Teresa de Jesús. *Exclamaciones XVII.*
(11) Santa Teresa de Jesús, *Vida, cap. XX.*
(12) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXIX.
(13) Santa Teresa de Jesús, *Relación,* 56
(14) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VII, cap. IV.
(15) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* III.
(16) *Moradas.* V. cap. II.
(17) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. VI.
(18) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del Amor de Dios,* cap. VI.
(19) Raimundo Lulio. *Libro del Amigo y del Amado,* núm. 334c
(20) *Breviario.* Oficio de Santa Inés, 21 de enero.
(21) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. VIII.
(22) Santa Teresa de Jesús. *Poesias,* I. *Vivo sin vivir en mi.*
(23) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones* Y la mayor cosa que yo ofrezco a Dios por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de El, por su amor quiero vivir II, *Relación,* III y XXI.

CAPITULO XXXIII

EL INSTANTE DE LA MUERTE, VISION DE GLORIA

Y no es que los Santos deseen la destrucción del cuerpo, ni aun separarle del alma. Nadie que esté equilibrado en sus facultades puede desear su propia destrucción. Santa Teresa señala como una causa del temor natural a la muerte el sentimiento de la separación del alma y del cuerpo, donde parece que el cuerpo pide auxilio para no ser abandonado. Llevamos en la naturaleza el deseo de ser, de estar mejor, de vivir más perfectamente, como la planta nace, crece y tiende a la hermosura de su floración y de su fruto.

Con hondo sentimiento poético y realidad cristiana cantaba Gabriel y Galán poco antes de su muerte:

¡Quiero vivir! Dios es vida

****

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo (I).

El mismo San Juan de la Cruz, hablando del deseo que se tiene de morir y del gozo que en ello se sien-

te, nos recuerda que desear la muerte es imperfección natural. La naturaleza no aspira nunca a morir, sino, como acabo de decir, al mejoramiento, a llegar a la perfección, a la transformación y permanencia sin pasar por la muerte si fuera posible. Mas como esto no puede ser, prevalece el deseo de ir a Dios, y pide la muerte, para llegar a la vida que siempre florece y nunca se marchita.

Esta es la causa por la cual en la antigua ley nadie Quería ni pedía la muerte por amor a Dios, como en la ley de gracia; porque entonces no podían entrar en el cielo ni ver a Dios hasta que se obrase la Redención, teniendo que esperar en el limbo de los justos, seguros ya -es cierto- de no faltar ni perder el cielo, pero sin poder gozar de Dios ni colmar las ansias principales del alma.

Los Santos no deseaban perecer, sino transformarse en vida más perfecta. Porque tenían conocimiento más claro de lo que es la vida feliz e inmortal; porque veían que la terrena no es nada más que principio de vida y deseaban con mayor vehemencia tenerla perfecta y llegar al total desarrollo, pedían la muerte para ser transformados y levantados y entrar en la vida eterna absoluta, sin sombras ni imperfección alguna. Sólo Dios es la flor perenne de felicidad. Sólo Dios es la grandeza, la majestad y el amor. Mi alma desea luz, horizontes infinitos, campo ilimitado de seguro amor y perpetua felicidad; y como todo esto es Dios, deseo con todas mis fuerzas

verle y vivir en El. Quiero la muerte para beber las aguas de la hermosura infinita y gozarme alabando al Señor. Me veo ahora como lámpara apagada, con el filamento negruzco, en espera de que el fluido de la gloria llegue, y entonces se tornará brillante, incandescente y luminoso, con la luz perpetua comunicada por Dios. Esto llena de ansias mi alma, anhelosa de perfección. Esto cantaba rebosando gozo Santa Teresa, como antes San Pablo, como los Santos todos.

No cantan los cautivos en su destierro duro y sombrío. David ponía en los judíos cautivos de Babilonia estas palabras: *Allí colgamos de los sauces nuestros instrumentos músicos. . . ¿Cómo hemos de cantar (dijimos) en tierra extraña? ¡Ah!* Si *me olvidaré yo de ti, oh Jerusalén, seca quede mi mano diestra. Pegada quede al paladar la lengua mía, si no me acordare de ti* (2).

Y el piadoso Calderón de la Barca ponía en boca de los cristianos cautivos en Africa estos versos:

Pues sólo un rudo animal
sin discurso racional
canta alegre en la prisión (3).

No cantan los cautivos en su dolor, cantan cuando reciben la suprema libertad o cuando con certeza la ven llegar. Cautiva se ve el alma en la tierra, y cuando recibe la noticia de que la muerte viene a sacarla

del destierro para que vaya a su Patria del cielo, entona el himno de júbilo.

Santa Teresa cantaba de mil distintas maneras sus deseos y esperanzas. Dios la había mostrado algunos bellísimos rayos del Sol eterno y de la inenarrable hermosura suya, que tiene guardada para el cielo, y cantaba la felicidad de la vida futura y de los años eternos :

¿Quién es el que teme
la muerte del cuerpo
si con ello logra
un placer inmenso?

****

En vano mi alma
te busca, oh mi Dueño;
Tú, siempre invisible,
no alivias mi anhelo.
¡Ay!, eso la inflama
hasta prorrumpir:
Ansiosa de verte,
deseo morir (4).

y se remonta en subido lirismo a con
templar aquel momento soberano :

¡Qué gozo nos dará el verte!
¿Qué será cuando veamos
a la eterna Majestad?

Pues todos temen la muerte,
¿cómo te es dulce morir?
¡Oh, que voy para vivir
en más encumbrada suerte! (5).

Es aquél el instante de empezar la dicha inacabable y no puede menos de deshacerse el corazón en gozo, pensando que el abrazo de la muerte es el ósculo de Dios, que se llega al alma y la dice al oído: *felicidad eterna.*

Entonces se abre la hermosa flor del alma con toda su belleza y todo su aroma; empieza a lucir con luz hermosísima el foco que estaba como apagado hasta ese instante.

¿Qué será ese momento? ¿Qué será Dios? ¿Qué será la felicidad para siempre? Todo lo, creado y toda la penetración de la inteligencia más poderosa, aun de los ángeles, y todo el conocimiento que pudieran tener todos los hombres unidos, pensando millones de años, es nada ante lo infinito de Dios y lo que en ese instante verá el alma en Dios. Recordemos lo que vio Santa Teresa de Jesús y no tiene comparación con lo que allí se verá, porque aquí fue visión y en la muerte será sobrenatural realidad: «Se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad, cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en Sí... La gloria que entonces sentí, no se puede escribir ni aun decir... Entendí estar allí todo junto lo que se

puede desear... y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello» (6).

Con la muerte, ya no es una visión, es la realidad de ver a Dios en su gloria y poderse comunicar con los demás bienaventurados en lenguaje de cielo. Dios glorificará al alma y con la luz de la gloria la dará capacidad para poderle ver a El, que no sólo se hará presente al alma, sino que la saturará de Sí. En la luz de Dios veremos a Dios.

Veremos lo que nunca podíamos haber soñado. Mundos nuevos, luz nueva, belleza nueva en Dios. El entendimiento, siempre avaro de saber y conocer, quedará entonces saturado, y la potencia de amar, siempre insaciable, quedará llena, no en una ociosa pasividad, sino en la actividad más alta, más deliciosa y descansada, como ahora no es posible imaginar.

Siempre estará el alma viendo la esencia de Dios con novedad infinita; sin esfuerzo ni fatiga, siempre estará gozándose con nuevo gozo en las verdades nuevas. Siempre en deleite y admiración de alabanza y agradecimiento a Dios infinito; y por variadísimas novedades que el alma vea, siempre más sorprendentes, nunca podrá llegar a comprender las infinitas perfecciones ni todas las obras que Dios pudiera hacer.

¿Qué será Dios? ¿Qué verá y conocerá la inteligencia robustecida y agrandada de manera tan maravillosa ? El entendimiento creado del alma de Cristo ve y comprende más en un momento que todos los